

táctico; el cuarto, el fonológico y el quinto, el estilístico, en donde se pone de manifiesto que “el análisis de los aspectos léxico–semánticos, morfo–sintácticos o fonológicos, revela que en éstos afloran facetas de orden estilístico” que rebasan los límites de estos campos para buscar efectos estéticos.

En suma, este libro no sólo resulta interesante para los lingüistas o investigadores de la lengua o la cultura, sino también para todo aquel que ha leído *A Clockwork Orange* y ha quedado “intrigado por un mar de palabras desconocidas y de apariencia extraña”.

José Coronado Hernández

Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa.

D. R. © José Coronado Hernández, México, D. F., julio–diciembre, 2005.

José Antonio Marina y Marisa López Penas. *Diccionario de los sentimientos. Compactos 260. 2ª ed. Barcelona: Anagrama, 2002 [1999]* .

La expresión de las emociones y los sentimientos es un tema poco atendido por la lingüística debido a que, desde su nacimiento como disciplina científica, el lenguaje ha sido considerado como una facultad constitutiva de nuestra racionalidad. El aspecto expresivo del lenguaje dejó así de ser parte del objeto de análisis de la lingüística y se destinó a otras disciplinas como la psicología y la literatura.

El *Diccionario de los sentimientos* resulta interesante en este contexto porque, si bien, sus autores reconocen que su trabajo es más filológico que estrictamente lingüístico, pretenden que tenga valor cognitivo, ya que desde su punto de vista, el estudio del léxico de los sentimientos permite comprender mejor la forma que tiene la representación que nos hacemos del mundo; de ahí que establezcan que se trata de un “estudio sobre palabras que quiere ser una investigación sobre la realidad”, pero que surge de una fascinación por las palabras, un gusto por “palabrear” que dicen compartir con Fernando Pessoa, el poeta lusitano, para quien las palabras eran como “sirenas visibles, sensualidades incorporadas”. Se indaga entonces en la vida de las palabras, en sus biografías, para conformar una poética de la lexicología.

La investigación arranca de una paradoja que se intenta resolver, a saber: aunque nuestra visión del mundo varía de una cultura a otra, existen, por otra parte, aspectos universales de la vida sentimental. El problema ya se había planteado en dos libros anteriores de José Antonio Marina: *El laberinto sentimental* de 1996 y *La selva del lenguaje* de 1998¹ que, como su subtítulo lo indica, constituye la introducción al *Diccionario de los sentimientos* que aparecería en 1999.

En el libro de 1996, el autor concibe a la ética como educación sentimental, ya que la afectividad del ser humano se concibe como producto de una educación; esto explica que, por ejemplo, los niños del siglo XX hayan sido educados para no sentir miedo. La ética vendría a ser entonces la educación de la inteligencia afectiva. La importancia de este postulado estriba en que nuestra visión del mundo incluye valoraciones que determinan nuestros juicios sobre lo que debemos hacer o no, que no están basados exclusivamente en inferencias racionales. Y dado que esta figura del mundo se puede modificar porque es cuestionable, lo estable siempre tendrá que tener una forma que dé cabida a lo variable.

En *La selva del lenguaje*, esta cuestión se lleva ya de manera directa a la formación de la semántica afectiva, bajo el presupuesto de que el lenguaje tiene un núcleo sentimental soslayado por el exceso de formalismo de la lingüística. Se alude al concepto de “representación semántica básica”: “un núcleo lo suficientemente estable para entenderse, con franjas borrosas que permiten ampliar el significado, inventar metáforas y, por desgracia también malentenderse” (*La selva del lenguaje*, 52). Este concepto se articula en la obra de 1999 con la tesis de la antropóloga A. Wierzbicka, quien considera que la definición de una emoción toma la forma de un escenario prototípico,² misma que en el *Diccionario* se traduce en la afirmación de que, en lo que se refiere al léxico sentimental, “las representaciones semánticas básicas adquieren un formato narrativo” (*Diccionario*, 16).

¹ José Antonio Marina. *El laberinto sentimental*, Anagrama, 1996. (*Compactos*, 215) y *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Anagrama, 1998 (*Argumentos*, 219).

² Véase A. Wierzbicka. *Semantics, Culture and Cognition*, Oxford University Press, Nueva York, 1992.

En coherencia con esta concepción de la presencia de un aspecto afectivo insoslayable en la formación de los conceptos que tiene la forma de una narración, los autores establecen que van a estudiar el modelo mental implícito en el léxico castellano, que da como resultado un tratado de psicología popular que se expondrá a través de “una figura cercana a la mitología: EL DICCIONARIO” (*Diccionario de los sentimientos*, 17).

Y si bien la estructura del *Diccionario* se plantea a través de una serie de metáforas que describiré en seguida, su carácter narrativo se proyecta en el hecho de que el *Diccionario* fue escrito por un lingüista, Uskeb, cuya peculiaridad es que es un ser del espacio exterior que: “Ha recibido el encargo de conocer la flora sentimental de los humanos a través de sus palabras, y lo ha hecho con gran competencia y dedicación. A veces se encuentra con problemas que desbordan su capacidad, ya que no puede repetir las experiencias” (*Diccionario*, 38). Es un extraterrestre quien lleva a cabo esta tarea porque es sobrehumana, de ahí que si existe un hombre capaz de hacerlo, se dice en otro lugar del *Diccionario* que ése sólo podría haber sido Nietzsche, declaración que rinde homenaje al filósofo por la autoconciencia que alcanzó respecto a la cultura.

El método del diccionario me remite al concepto wittgenstaniano de *parecidos de familia*, en virtud de que selecciona las palabras organizándolas en *familias* —como el amor, el odio, la ira, la culpa, etcétera—, que por medio de referencias cruzadas se reagrupan en *clanes* que, a su vez, se reorganizan en *tribus* léxicas. Así, por ejemplo, las palabras ‘nostalgia’ y ‘añoranza’ forman un *clan*, que junto con ‘melancolía’, ‘tristeza’, ‘desamparo’ y ‘compasión’ pertenecen a la *tribu* o representación semántica básica de los ‘sentimientos de pérdida’, que es su narración básica o argumento típico que “va cambiando de acuerdo con los desencadenamientos, las intensidades, los comportamientos que provoca, o el punto de la historia en que se sitúa el *énfasis*” (*Diccionario*, 17). Y si bien las *familias* sentimentales pueden variar de una cultura a otra, las tribus sentimentales se consideran comunes a todas las culturas; son universales cognitivos que podrían referirse a lo que denominan *agrupaciones*, concepto que no se elabora todavía en este trabajo, aunque se hacen alusiones a lo largo del texto.

Finalmente, cabe señalar que el libro puede ser leído de dos maneras: como una narración lineal que describe la selva sentimental, o desde el apéndice que organiza los términos por orden alfabético y en los que se da la referencia al *clan* o la *tribu* a que pertenece cada palabra, teniendo en esta segunda lectura la forma de un diccionario convencional.

La riqueza de información sobre la historia de las palabras, las referencias de los conceptos hacia variadas culturas, así como el esfuerzo por dar al texto una forma narrativa lúdica, rompen con la rigidez y autoritarismo típicos de los diccionarios y abren la posibilidad de que se acerque a este libro todo lector que con ellos esté dispuesto a “palabrear”.

Laura Hernández Martínez

Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa

D. R. © Laura Hernández Martínez., México, D. F., julio–diciembre, 2005.

Mora Bailey. *Viaje a lomo de tigre. Ensayo sobre el idioma chino*. Alicante: Verdehalago, 2002.

Para los occidentales, pocas culturas tienen tal aura de lejanía y misterio como la china; esto, como puede recordarse, se refleja en diversas expresiones coloquiales del español. Cuando uno mira los ideogramas chinos por primera vez, la palabra ‘complejidad’ acude a la mente. De ahí a la falta de curiosidad no hay más que un paso; sin embargo, hay quienes escogen otro camino.

Bailey no sólo ha ido por esa vía, sino que ha tomado la fatigosa diligencia de mostrarla a los que no hemos querido emprenderla. En doce capítulos breves muestra algunas sutilezas de la poesía china con ejemplos de Wang Wei, Li Po y otros, además de que repasa los duros problemas para verter la riqueza de esa literatura a las lenguas occidentales.

Por otra parte, explica la manera sorprendente en que se expresa el significado de varios ideogramas; por ejemplo, ‘clavo’ está representado por los caracteres de ‘soldado’ y ‘metal’, porque, al igual que los militares, los clavos son “fuertes y necesarios, pero su importancia es secundaria” (13).

Mediante fragmentos de *El arte de la guerra*, de Sun Zi, y ejemplos históricos del carácter de los chinos, señala la llamativa unión entre su lengua y la actitud extremadamente flexible de los hablantes. Menciona, por ejemplo, los adelantos técnicos que se originaron en aquel país, desde el papel y la brújula, siempre recordados, hasta el sismógrafo y procedimientos análogos a las modernas vacunas. Menciona también, cómo estas tecnologías no cambiaron radicalmente la vida diaria de los chinos, a diferencia de la de los europeos. Según la autora, esto se debe a la flexibilidad y la capacidad chinas de valorar la sabiduría que viene del interior de las personas